

ELa Fiesta del Mundo y la Fiesta de los Benditos

Por el Rev. Venema

Lectura Bíblica: Daniel 5

Salterio 35: 1, 2, 3

441: 1, 2

241: 5-7

262: 1-3

Queridos amigos:

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en Daniel 5, versículo 25, donde leemos en la Palabra de Dios:

“Y la escritura que trazó es: MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN”.

Con la ayuda de Dios, vamos a tomar como nuestro tema **“La fiesta del mundo y la fiesta de los benditos”**. Vamos a considerar este tema con tres pensamientos principales:

- 1. El comienzo de la fiesta.**
- 2. La culminación de la fiesta.**
- 3. La continuación de la fiesta.**

Primer pensamiento

Amigos, vivimos en un mundo necio, en lo cual parece que mucha gente no hace más que festejar y divertirse. No se pierde ninguna oportunidad de vestirse con la ropa de fiesta, y hasta la madrugada el hombre necio se festeja de manera muy pecaminosa. El hombre se rebaja a un nivel más bajo que las bestias del campo, bebiendo de la copa del pecado hasta vaciarla. Emborrachado de sus fiestas, se escucha al hombre entonar a gritos el canto festivo: “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (Isaías 22:13). Hoy en día parece que no existiera ninguna distinción entre el mundo y la iglesia, pues ambos festejan y bailan juntos alrededor de los dioses de esta época. Y eso no es de maravillarse, pues por la naturaleza todos somos iguales, de la misma carne pecaminosa. Así que en la fiesta del mundo, es como si el hombre bailara al borde del mismo infierno.

Cuando miramos a nuestro alrededor, pareciera que no llegara nunca el fin de tanto festejo. Es como si Dios estuviera callado, habiendo dejado al hombre pecador a sí mismo. Sin embargo, ¡no se engañen! Pues las señales ya nos demuestran que la fiesta ha llegado a su culminación. Tan sólo hay que leer la escritura divina en la pared: “MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN”. La balanza de Dios está lista, y de hecho, Dios ha “pesado” al mundo, y el resultado será terrible en el día de juicio. ¡Cuán horrible será irnos desde la fiesta hasta la perdición eterna!

Si no hubiera más que decir que esto, el mensaje de hoy sería de verdad muy desalentadora. Pero, gracias a Dios, no sólo existe la fiesta del mundo, sino que también hay la fiesta de los benditos, es decir, la fiesta de los hijos de Dios. Es cierto, casi no se perciben a los “benditos” hoy en día, porque la Iglesia de Dios es como leemos en Isaías 1:8: “Y queda la hija de Sion como enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada”. No obstante, mientras hay fiestas del mundo por todos lados, esa gente de Dios está triste. Sus arpas se cuelgan sobre los sauces de Babilonia (Salmos 137:2). Sus ojos lloran, y su alma rehúsa consuelo (Salmos 77:2). No se nota en su apariencia que está viajando hacia una gran fiesta, una fiesta que no se puede expresar y que será para toda la eternidad. Más bien, a veces le pareciera al pueblo de Dios que su viaje terminara en la miseria. Sin embargo, ¡no es así! Para ellos, habrá una culminación de su fiesta, cuando glorificarán a Dios para siempre. Leemos de esto en Salmo 68: “Mas los justos se alegrarán; se gozarán delante de Dios, y saltarán de alegría” (Salmos 68:3).

Este pueblo de Dios también ha sido pesado en la balanza de Dios, y también ha aprendido que fue “hallado falto”. No obstante, a través de la maravilla del amor de Dios, este pueblo ha sido llevado a la alegría festiva del Cordero de Dios. Y si mi preguntaran esta mañana, “¿Dónde se aprende esto el pueblo de Dios?”, les diría que sólo se aprende esto en la escuela de la aflicción. En esa escuela se aprende con el apóstol Pablo: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Es por eso que este pueblo conoce tan poquito de la felicidad verdadera aquí en este mundo, pues les espera una felicidad eterna. Cuando el mundo llegue a su fin, recién comenzará la felicidad para el pueblo de Dios.

Ahora bien, la pregunta queda para todos nosotros: ¿a qué clase de festivaleros perteneceré yo? O pertenecemos a los que festejan con el mundo o pertenecemos a la escuela de la aflicción, donde se enseñan las canciones de los benditos que celebrarán su fiesta por toda la eternidad. Simplemente no hay un tercer grupo; o pertenecemos al uno o al otro grupo; o somos amigos o enemigos de Dios.

En nuestros pensamientos, caminemos por las calles de la ciudad capital de la Babilonia poderosa. Allí se está celebrando la fiesta del mundo, y en nuestra mente podemos ver cómo la ciudad está adornada con toda prosperidad y mundanalidad. Tal como en nuestros días, los hombres de Babilonia se emborrachan con lo que ofrece el gran reino de Belsasar. ¿Quién pensaría en trabajar cuando se puede festejar todos los días? Tal como en el tiempo de Babilonia, la gente de hoy vive como si Dios ya no existiera, y como si nunca rindiéramos cuenta a nadie. El hombre vive para hoy, y mañana lo pasa igual, festejando con su copa de alcohol.

En nuestra mente, subimos las gradas de mármol que llevan al palacio real de Belsasar. Las puertas anchas del palacio se abren para nosotros, y nos impresionan los grandes pasillos, iluminados por lámparas de oro. Allí por un lado se abre una puerta que abre paso a la sala donde se está llevando a cabo la celebración real. No nos asombremos por su tamaño: ¡la sala mide cincuenta y dos metros de largo y

diecisiete metros de ancho! El piso está cubierto por hermosas alfombras gruesas, y toda la sala está alumbrada por antorchas. El rey Belsasar tiene su gran asiento en el fondo de la sala, donde él se siente con sus muchas concubinas y varios de sus asesores. Los esclavos que sirven al rey y a sus invitados van llenando las copas con vino, el cual se traga rápidamente como si sufrieran de una sed tremenda. Luego se pide más vino, pues al tomarlo la alegría de la fiesta se aumenta, ¿no es cierto? La gente comienza a tambalearse de un lado a otro, y poco a poco se entorpece la lengua mientras habla más y más descaradamente debido a los efectos del alcohol. Es exactamente como las fiestas de nuestros días, donde los deseos excitados de la gente tienen que satisfacerse. Oh, sí, el vino ya está haciendo su trabajo engañoso, ¿no es cierto? Así era en Babilonia, y así es en las fiestas de hoy en día.

De repente se pone de pie el rey Belsasar y pide silencio con un gesto de la mano. ¿Qué dice el rey? Lo leemos en nuestro capítulo: “Belsasar, con el gusto de vino, mandó que trajesen los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre había traído del templo de Jerusalén, para que bebiesen en ellos...” (Daniel 5:2). Así es en el mundo en que vivimos; no se satisface la gente hasta que se deshonre a Dios y Su Santo Nombre.

Los siervos obedecen al rey y traen los vasos del templo. Los llenan de vino, y la multitud festiva levanta los vasos consagrados con gritos de borrachera. ¡Oh, cuán terrible! ¡Cuánto se deshonra a Dios Santo! ¿Será que Dios mantendrá silencio durante este hecho terrible? Así pareciera, pero no es así, porque el reloj de los cielos se mueve hacia la hora de la pena merecida. Según el plan divino de Dios, los soldados del gran Imperio Persa ya están pasando por debajo de los muros de la ciudad. Mientras todo el mundo está alegre y festejando, en cualquier momento la eternidad va a hacerse realidad para ellos. ¡Cuán terrible es caer en las manos de Dios viviente!

No, amigos, ahora no es el tiempo de estar celebrando y festejando. Debe ser el tiempo de arrodillarse y confesar nuestra culpa ante el Señor. Y debo destacar, amigos, que no podemos alzar piedras para lanzarlas a los que están en la fiesta de Babilonia, porque hay un gran dedo hoy que señala a mí y a ti con la admonición: “Tú eres aquel hombre”. Imagínense que ahora fuera el tiempo del ajuste de cuentas para nosotros; ¿cómo sería entonces? ¿Nos perderíamos nosotros también con la copa en la mano? No sabemos cuán cerca está aquel momento para nosotros, pero ¿qué es un año, o aun veinte años, cuando se comparan a la gran eternidad?

En nuestra época el conocimiento alcanza los niveles que jamás se habían visto. El hombre ha descubierto y sigue descubriendo los secretos del mundo, y aun se ha penetrado el mundo de los planetas. El hombre ya se considera Dios Mismo, y por eso el hombre piensa que es tiempo celebrar. El mundo festeja de su manera, y cada medio se utiliza para aumentar la alegría festiva. ¡La radio y la televisión son honradas como si fueran dioses! Los héroes del mundo del deporte juegan en estadios llenísimos, y se les pagan millones de dólares mientras la gente rinde honor a esos “dioses” con su locura. Las fiestas se

celebran en las casas mismas, y no sólo por el mundo, sino también por gente de la iglesia. Hasta la madrugada las botellas son vaciados, y el hombre toma hasta que caiga en el suelo como una bestia. He aquí, entonces, un retrato de la época en que vivimos nosotros y nuestros hijos: se festeja de noche, y de día se duerme para recuperarse para la próxima fiesta.

No se equivoquen; la gente religiosa también celebra sus fiestas, y aunque sean fiestas diferentes, son igual de vacías como las fiestas del mundo. Como en el tiempo de Nehemías, la gente habla la mitad de la lengua de Asdod, y la otra mitad la lengua de Dios (Nehemías 13:24). Vive la mitad del tiempo en el mundo y la otra mitad en la iglesia. De vez en cuando también celebra sus fiestas, las cuales no son como las fiestas del mundo, sino fiestas con “matices” religiosas. Hoy en día se escucha del deporte cristiano, o la música “rock” cristiana, o aun del baile “cristiano”. Justo como en el día de Belsasar, no sólo hay bebidas alcohólicas en estas fiestas, sino que también se burla de Dios y de los humildes hijos de Dios que han sido enseñados por Dios Mismo. No es posible comprender cómo existe gente entre nosotros que deje que tales cosas acontezcan en sus propias casas. Y lo que es peor aún, no me refiero solamente a los jóvenes de la iglesia; hasta los miembros de la iglesia, los mayores, se disfrutaban en tales fiestas mundanas.

Repito, amigos: ¿Es el tiempo de estar festejando? ¿Es el momento para poner el trago a nuestra boca? O, ¿es hoy el día para humillarnos ante Dios? Igual como en Babilonia, el enemigo está entrando a hurtadillas por debajo de nuestros “muros” viejos y desmoronados. ¿No se han fijado cómo los arsenales de los enemigos son llenos con las armas más terribles? No falta mucho para que estemos en medio de una guerra verdadera. El apóstol Juan nos amonesta: “Hijitos, ya es el último tiempo” (1 Juan 2:18). Y entonces, ¿qué pasará? ¿Escucharemos las palabras “Pesado has sido en la balanza, y fuiste hallado falto”? Oh, amigos, es tiempo de postrarnos juntos en el polvo delante de Dios Todopoderoso.

No vivimos como nuestros antepasados, cuando se hablaba de “la iglesia o el mundo”. No, ahora es “la iglesia y el mundo”. Podemos encontrar el mundo y la iglesia andando mano a mano en las fiestas de Belsasar. Pero aun entre todos aquellos que van festejando, puedo decirles que “los endechadores andarán alrededor por las calles” (Eclesiastés 12:5), y nos predicán el mensaje que “no tenemos aquí ciudad permanente” (Hebreos 13:14). Sí, según la Palabra y las promesas de Dios, Él todavía ha dejado en medio de nosotros “un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová” (Sofonías 3:12).

No se puede esperar que la Iglesia verdadera de Dios se encuentre en grandes números en el mundo de hoy. El Señor Mismo ha dicho en Su Palabra que “queda la hija de Sion como enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada” (Isaías 1:8). Igual en la “Babilonia” de hoy, entonces, no es de esperar que haya una gran cantidad de aquellos “endechadores” que andan por las calles. La mayoría de la gente se había adaptado a la vida de Babilonia, y tal como en el día de hoy, parece que la religión de ellos no tenía profundidad. Puede ser que en el principio hubieran andado con más cuidado; sólo miraban a las fiestas desde lejos. No obstante, pronto se veían estos observadores

participando en la fiesta, e incluso a veces llegaban a saber festejar mejor que los mismos babilónicos. Tal vez usted conozca uno de aquellas personas que asiste a nuestra propia iglesia. ¡Cuán triste!

De hecho, no tenemos que buscar lejos para encontrar esta gente festiva, pues vive en nuestro mismo barrio, o tal vez aun vive en su propia casa. O, ¿será que tal persona se encuentra aún más cerca: en su propio corazón? Todos somos hechos de la misma carne, y en el Paraíso, todos hemos dejado al Dios de nuestra eterna felicidad y nos hemos apegado a nuestro padre el diablo. Y por eso, cuando Satanás intenta engañar a la gente religiosa, trata de convencerla que no hay nada malo con una fiesta de vez en cuando. Sin embargo, el diablo mismo está presente en tales fiestas, y cuanto más iniquidad se comete, tanto más le gusta a Satanás. Lo triste es que Satanás no sólo está presente en nuestras fiestas, ¡sino que también lo hemos invitado! Sea una fiesta mundana o sea una de las así llamadas “fiestas cristianas”, no le importa a Satanás, pues a él no le molesta que se echen unas matices piadosas a lo que no es más que una fiesta diabólica y mundana.

Ahora bien, miremos a la gente que está viajando a la fiesta de los benditos. Ellos no lo hacen por sus propias fuerzas; ¡de ninguna manera! Pues al fin y al cabo esa gente también ha participado en las fiestas; como el rey Manasés y como Rahab la ramera, ellos también han tomado de la copa llena del mundo y de sus placeres. Sin embargo, llegó una hora en su vida cuando el Señor obró en su corazón, y ya ellos tenían que poner la copa de la fiesta a un lado. Salieron de la fiesta bulliciosa y entraron en su aposento, donde lloraron amargamente como lo hizo Pedro después de haber negado a Su Maestro. Así los hijos pródigos se vuelven de la fiesta, donde han malgastado todo hasta que no les quede más que una gran deuda. Demacrados y miserables, ellos claman con el hijo pródigo: “He pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lucas 15:21).

Amigo, ¿alguna vez en *su* vida han sido escritas las palabras “MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN” en la pared? Para que exista la posibilidad de una fiesta eterna en el cielo para usted, es necesario aprender esta lección aquí en el mundo. La obra de Dios en el corazón del pecador no comienza con gozo y alegría, y la persona no se considera a sí mismo como una persona convertida. Al contrario, cuando Dios obra y la persona tiene que salir de la fiesta, se hace condenada y culpable. Miren cómo el hijo pródigo se arrodilla al lado del comedero de los cerdos; miren cómo el rey Manasés llora en la cárcel; escuchen cómo se lamenta y clama Efraín: “Conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios” (Jer. 31:18).

Para esa gente en cuyo corazón Dios ha obrado, ya no habrá más copas llenas de vino; ya no les interesa el deporte. Para aquellos, estas cosas ya no les atraen, y por la gracia de Dios, “se divorcian” del mundo, y tienen que dejar a los amigos con quienes antes servían al mundo. No, para aquellas personas ya no habrá una fiesta con la gente del mundo, pero sí habrá una fiesta en el cielo. La Biblia nos dice que “hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (Lucas 15:10).

Aunque el pueblo de Dios anda triste en este mundo, también hay momentos de celebración en su vida. Oh, si el Señor se les abre la boca y les alcanza un bocadito de la comida del cielo, esto les sirve de anticipo de lo que ha de venir, y esto les da más felicidad y gozo verdadero que cualquier otra fiesta. Escuchen cómo canta aquella gente: “Tú diste alegría a mi corazón, mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto” (Salmos 4:7). Oh, esa gente ya no tiene envidia de los que participan de la fiesta que se está celebrando en la corte de Belsasar. En aquellos momentos, el Señor les muestra cuán pobre es el mundo, y también cuán pobre es la gente que se jacta de ser religiosa pero no conoce a Dios.

Hay veces cuando el Señor prepara ricas fiestas para Su pueblo aquí en el mundo. Sólo hay que fijarse en Elías debajo del enebro, donde un ángel del cielo lo visitó y le preparó una comida. Elías no había hecho nada para la preparación de esa comida, y tampoco la había merecido; sin embargo, para él fue una comida de Dios que lo fortaleció, y “con aquella comida caminó cuarenta días” (1 Reyes 19:8). Sí, entonces es una verdadera fiesta para el alma cuando el Señor le dice: “Levántate y come, porque largo camino te resta” (1 Reyes 19:7). Es así que el Señor provee el maná celestial para Su pueblo. Y si estas pequeñas fiestas aquí abajo son tan benditas para el pueblo de Dios, ¡cómo será cuando la Iglesia entre en la fiesta de las bodas del Cordero! Entonces dirá el pueblo de Dios lo que dijo la reina de Sabá cuando vio la esplendidez del reino de Salomón: “Mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad” (1 Reyes 4:7).

Lo importante para todos nosotros es si ya hayamos sido llamados a la cena de las bodas del Cordero, pues leemos en la Palabra de Dios que tales son llamados “bienaventurados” (Apocalipsis 19:9). Hemos visto que existen dos clases de fiestas, pero la gran pregunta para todos nosotros es: “¿A qué fiesta pertenezco yo?” Por la naturaleza pertenezco a los huéspedes del rey Belsasar, y me satisfacen las cosas del mundo. Tal vez esto es mi caso, aunque para los demás parezca un piadoso.

En nuestro segundo pensamiento deseo señalarles a la culminación de la fiesta, pues las cosas no seguirán tal como son ahora. Aunque tarde el fin, algún día llegará, y entonces se verá la gran diferencia entre las dos clases de fiestas. Otra vez les digo: ¡Cuán terrible sería ir festejando con el mundo hasta la perdición eterna! Veremos esto en nuestro segundo pensamiento, y volveremos a la fiesta de Belsasar.

Segundo pensamiento

Otra vez se llena la copa de vino. No nos olvidemos que esta copa es una copa consagrada, tomada del templo de Dios. Con risas y burla, una y otra vez se llena la copa para vaciarla rápidamente. Los festivaleros se burlan no sólo de esa pobre nación que había sido conquistado, sino que también se burla del Dios de ese pueblo. La fiesta se hace una fiesta de burla, pues los de Babilonia piensan que han conquistado al mismo Dios del pueblo de Israel. Es por eso que toman de los vasos sagrados; ¡desafían y hasta retan al Dios viviente! El Señor los deja por un tiempo, pero llegará el juicio de estos burladores.

Miremos lo que sucede: ¡de repente aparecen los dedos de una mano que escriben sobre lo encalado de la pared del palacio! Tal vez por un momento nadie se da cuenta de esto, pero luego, todos bajan sus copas y comienzan a temblar. Hay un silencio profundo, y todos miran al milagro que ven en la pared: ¡los dedos escribieron palabras en la pared! De un momento a otro la celebración se acaba. ¿Qué es lo que está escrito en la pared? Son palabras del idioma caldeo, uno de los idiomas del reino, pero el mensaje que escriben estas palabras es un mensaje secreto y divino enviado desde las cortes celestiales.

Leemos en versículo 7 que el rey hizo venir magos, caldeos, y adivinos, pero ¡nadie puede entender lo que dice lo escrito! ¿Saben por qué? Es porque la escritura es divina, y las cosas divinas no se pueden comprender con la mente humana. Para eso necesitamos un intérprete.

Dios aún escribe hoy, en las “paredes” de este mundo. Escribe el mismo mensaje hoy en día: “MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN”. Pero ¿quién lo entiende, y quién lo toma al pecho? He aquí, la mano de Dios escribe: “Y el mundo pasa, y sus deseos” (1 Juan 2:17). Vemos cómo la mano de Dios está escribiendo en los países del mundo donde existen la hambruna y la miseria. Dios ha pesado, y todo, sí *todo*, ha sido hallado falto. Dios también escribe con Su mano sobre nuestro país, donde hemos experimentado los fenómenos de la naturaleza que han hecho mucha destrucción. Pero ¿quién hace caso?

La mano de Dios escribe sobre la cancha del deporte y sobre los jugadores: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano” (Salmos 49:7). Aunque los jugadores ganen millones, alguna vez habrán que dejar todo, y como en la fiesta de Belsasar, la copa de la fiesta será bajada, y la fiesta se acabará. Entonces la televisión en la sala no hará nada para usted, y la radio tampoco le ofrecerá consuelo alguno, porque será llamado para comparecer delante de Dios.

A veces pienso que la gente que estaba en la fiesta de Belsasar actuaba más sabiamente que nosotros, pues por lo menos *dejaron de festejar* cuando vieron la mano de Dios. Leemos: “Entonces el rey palideció, y sus pensamientos lo turbaron, y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra la otra” (v. 6). Y, ¿cómo es con nosotros, amigos? El mundo de hoy está tan endurecido en el pecado, y parece que no hay nada que le dé miedo; el hombre sigue tomando y festejando aun cuando la sombra de la muerte se siente sobre los confines de la tierra.

Dios también escribe a veces en las paredes del corazón, cuando nos ponemos muy enfermos, o cuando se muere un pariente a un amigo. Tal vez estas cosas le hicieron inquieto por un momento, pero ¿lo llevaron verdaderamente al valle de la humildad ante Dios? Amigo, usted también ha sido pesado en la balanza, y ha sido hallado falto.

Allí en el palacio de Belsasar la gente se da cuenta de que algo ha sucedido, y el rey hace venir los magos, los caldeos, y los adivinos para interpretar, pues nadie comprende lo que está escrito en la pared. Sin embargo, éstos supuestos “magos” no pueden interpretar lo escrito, y el secreto no está revelado para ellos. Todos quedan perplejos y muy inquietos, y entonces habla la reina.

La reina sabía que había alguien que podía interpretar los sueños. La reina dirige al rey al pasado, a los tiempos de su padre Nabucodonosor. En aquel entonces había uno de esos cautivos de Israel que podía interpretar los sueños y descifrar los enigmas y las dudas. Aquellos eran días diferentes en el reino, y se habían visto la sabiduría que Dios había dado a Daniel, a quien el rey Nabucodonosor puso por nombre Belshasar. El rey Belshasar manda traerlo a Daniel; ahora se quiere la sabiduría de este varón de Dios que ya tenía unos noventa años de edad.

También en nuestro día se olvidan del pasado y de nuestros antepasados. No nos importan las cosas del pasado, hasta que a veces llega el día cuando uno se acuerda de las palabras de su padre o madre que temía a Dios, y la obra de Dios en el corazón de nuestros padres y abuelos ya vuelven a la memoria.

Así que el rey Belshasar necesitaba de un intérprete. La Iglesia de Dios también requiere de un intérprete para entender la Palabra de Dios, pues la leen y ven las palabras en ella, pero no saben los secretos santos que contiene la Palabra a menos que un Intérprete, Dios Mismo, se los revele.

Tal vez hay una persona aquí en la casa de Dios hoy para quien ya no hay consuelo, y para quien las aguas ya alcanzan sus labios. Dios ha escrito en las paredes de su corazón: “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”. Esta persona piensa: “¿Cómo entraré en la eternidad de esta manera?” No tiene nada con qué pagar. Es más, aunque muchas veces esta persona toma la Palabra de Dios y la lee una y otra vez, no entiende lo que lee. Es posible que otros hayan intentado ayudarlo a tal persona, pero para él todo queda un misterio oscuro.

¿Es usted aquella persona? Oh, ¡mi querido amigo! Usted necesita a un Intérprete, y hoy le puedo decir que hay uno, el Señor Jesucristo. A través de Su Espíritu, Él puede y quiere interpretar la Palabra de Dios para usted. Él es el Intérprete mucho más que era Daniel, y Él puede resolver todas sus dudas y descifrar todos sus enigmas. Oh, espero que usted reciba un deseo de ir a Él, como fue Nicodemo a Él de noche para pedirle que explicara las palabras del Evangelio.

En el palacio de Belshasar, ya vemos a Daniel entrando en la sala de la fiesta, donde aún están los vasos sagrados del templo del Señor, llenos del vino de este mundo. ¡Qué contraste es esto: Daniel, el siervo de Dios entrando en la fiesta del mundo! ¿Será que aún Él tiene un mensaje en un lugar tan malo? Oh, sí, el mensaje del Rey de los reyes también se aplica allí, y es un mensaje serio. Daniel habla, y le recuerda al rey Belshasar de toda su vida llena de pecado, pero también le hace recordar que Dios es un Dios justo y castigador.

Entonces Daniel interpreta la escritura en la pared, diciendo: “Y la escritura que trazó es: MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN.” Y ¿qué es la interpretación al final? “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”.

¡Fuiste hallado falto! Es tiempo del “ajuste de cuentas” con el Señor. Oh, ¡pobre del hombre que no sabe más que la felicidad falsa que se encuentra aquí en el mundo! Oh, ¿qué es la vida? Moisés nos

cuenta en Salmo 90 que por más años que vivimos, “su fortaleza es molestia y trabajo” (Salmos 90:10). Hay tanto sufrimiento en el mundo, y el hombre trata de olvidarse de eso con sus fiestas, pues al menos por un tiempo se puede olvidar de los problemas del mundo por un tiempo, ¿no es cierto? Pero pronto la borrachera desaparece, y la realidad dura vuelve con todas sus tristezas y dificultades.

¡Qué bendición es ser puesto en la balanza de Dios aún en esta vida, antes que sea demasiado tarde! ¡Cuán bendito es cuando para mí llegue a ser: “MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN”! Ahí comienza una tristeza, pero no es la tristeza del mundo, sino una *“tristeza que es según Dios”* (2 Cor. 7:10). Nuestra carne no desea ser alumno en la escuela de Dios donde hay mucha tristeza, pero Le place a Dios llevar a Su pueblo por el camino de tribulaciones hasta llegar a la fiesta de los benditos. Aun aquí en este mundo, cuando en las tristezas de su vida ese pueblo bendito puede ver a Jesús, para ellos es un gran aliento, y hay veces cuando el vaso de consuelo es alzado a sus labios temblorosos, para que canten con el Salmista lo que nosotros vamos a cantar del **Salterio 241, estrofas 5, 6, y 7.**

Tercer pensamiento

Volvamos al palacio de Belsasar una vez más en nuestros pensamientos. Una vez más vemos esa sala diabólica, y por delante se ve el gran asiento del rey. Delante del rey está la pared en la cual la mano de Dios ha escrito. Mientras tanto, Daniel ha leído e interpretado la escritura misteriosa. Y, ¿cuál sería el fruto de esto en el corazón del rey Belsasar? Bueno, ¿qué se puede esperar del hombre en su estado natural? Puede ser que cause que tiemble un poco, pero luego las impresiones fuertes se disminuyen, y al final desaparecen. Ahora, al fin de su vida (aunque tal vez no se lo crea), el rey aún mandó vestir a Daniel de púrpura y poner en su cuello un collar de oro. Pues, para Belsasar la fiesta tiene que seguir, así que a pesar de las noticias nefastas que ha recibido, el rey no quiere humillarse. El hombre natural no comprende lo que es humillarse ante un Dios santo; eso se aprende únicamente en la escuela de la gracia.

Tal vez usted, amigo, vea su propia imagen en todo esto. Usted ha experimentado momentos de angustia, y tuvo fuertes impresiones. En aquel tiempo tuvo buenas intenciones, pero al final, igual como Belsasar, volvió a su vida de pecado y ha escogido el “descanso” falso que ofrece el mundo.

Belsasar le agradece mucho a Daniel, y luego el rey se va a su casa para dormir hasta que desaparezcan los efectos de la borrachera. Lo que no sabe Belsasar es que ha llegado su hora final, pues leemos al final del capítulo: “La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos”. ¡Cuán terrible habrá sido entrar en la eternidad durmiendo después de haber estado festejando! De esta manera el rey Belsasar pasa de la sala de la fiesta a la sala del juicio de Dios.

Así es la continuación de la fiesta del mundo, donde el hombre tendrá que hacer algo que ya ha comenzado aquí en el mundo, es decir, maldecir a Dios; pero en el infierno lo hará para siempre. Entonces el hombre experimentará la horrible “fiesta” de los diablos, donde no se experimentará ni un

ápice de la alegría, y donde no habrá jamás la más mínima posibilidad de esperanza. En aquel lugar tan horrible la gran multitud de gente que celebra de día en día obtendrá entonces su porción. En este mundo, ellos despreciaron al pobre y humilde pueblo de Dios, pero en el infierno, ¡todo sería al revés! El pueblo de Dios, los verdaderos pobres de espíritu aquí en el mundo, aquellos que han sido enseñados por Dios sobre la fiesta de los benditos, entrarán por fin en las bodas del Cordero de Dios.

Amigos, hemos llegado a la conclusión de nuestra consideración de esta porción de la Biblia. Hemos escuchado que existen dos clases de personas: los que festejan con el mundo y los que van a celebrar con Dios en el mundo venidero. Lo más importante ahora es la pregunta: “¿A qué grupo pertenezco yo?” Obviamente, por la naturaleza, *todos* pertenecemos a los festivaleros del mundo. Hemos perdido a Dios, y lo peor es que ni siquiera lo sabemos. Es por eso que por la naturaleza, todos intentamos hacer algo con esta vida, puesto que tenemos que satisfacernos con *algo*. Uno trata de llenar su vida con las cosas del mundo; el otro intenta hacerlo con su vida religiosa. Sin embargo, ni el uno ni el otro dará la alegría verdadera, y cuando todo sea pesado en la balanza de Dios, habrá sido hallado falto.

Amigos, necesitamos más que recibir el bautismo y hacer confesión de nuestra fe. El Señor Jesús enseñó a Nicodemo lo que es necesario cuando durante aquella noche inolvidable, le dijo a Nicodemo y nos dice a todos nosotros: “De cierto, de cierto te digo, que él que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Todo lo que poseía Nicodemo, aquel hombre de los fariseos, había sido pesado en la balanza, y fue hallado falto. Entonces el Señor le enseñó acerca de esa única cosa necesaria: tenemos que nacer de nuevo.

Quisiera preguntarle a usted personalmente si el Señor ya lo ha pesado a usted alguna vez. Oh, los hijos de Dios aprenden que es necesario ser pesado una y otra vez en la balanza de Dios. ¿Qué quiere decir esto? Bueno, aun el hombre con impresiones serias trata de poner tantas cosas en la “balanza”, así pensando que no es hallado falto; tal hombre piensa que sus lágrimas, su cambio de vida, sus buenas obras, y tantas otras cosas sirven para que cuando sea pesado, no sea hallado falto. Por eso el hombre debe ser pesado por Dios una y otra vez, hasta que sea hallado falto no sólo con su vida anterior en el mundo, sino también con su vida cambiada por la gracia de Dios. Los hijos de Dios tienen que aprender que con todo lo que han experimentado, con todo lo que han recibido, y con todo lo que hacen, todavía son hallados faltos en los ojos de Dios. Es así que el pueblo de Dios, en su propia opinión, está viajando a la ciudad de destrucción, y por eso no tiene ningún deseo de celebrar o festejar. Es entonces que tal hijo de Dios entra en la escuela de las tribulaciones. En esa escuela el fuego de la purificación arde, y todo de uno mismo tiene que ser purgado para que la salvación sea solamente a través de Cristo, y solamente al honor de Dios.

En nuestro capítulo leemos que el rey Belsasar murió aquella misma noche. Oh, ¡cuánto teme el pueblo de Dios a veces que haya llegado a su última noche, y que vaya al mismo lugar eterno donde

quedó Belsasar! A veces ni siquiera desea dormirse de noche por temor de que se despierte en la eternidad. Así que no es fácil estar en la escuela de la enseñanza de Dios, porque los inscritos en esa escuela ya no pueden juntarse con los que festejan con el mundo, pero tampoco se atreven a pensar que pertenecen a los que celebrarán para siempre con Dios en el cielo.

Pero aun así, habrá una fiesta verdadera para tales personas. ¡Sí! Escuchemos lo que el Señor les promete en Apocalipsis 2: “No temas en nada lo que vas a padecer ... Tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10). Pronto, cuando se acaben el mundo y sus fiestas, y cuando se calle la bulla festiva del mundo, se escucharán para siempre las canciones verdaderamente festivas de la Iglesia redimida. Entonces será su hora de redención, y la sala de su fiesta se abrirá para nunca cerrar. Toda tristeza y angustia habrán terminado, y entonces celebrarán la fiesta de las bodas del Cordero, su Rey Jesucristo.

¿Cómo será con *usted*, mi amigo, en aquel momento cuando venga el Señor para juzgar a los vivos y a los muertos? Como hemos escuchado hoy, usted pertenecerá o a una u otra clase de festivaleros: estará usted con aquellos que festejaron en este mundo para encontrar su porción en la condena eterna, o estará con aquellos que aprendieron en la escuela de Dios aquí en este mundo y participarán de la fiesta de los benditos para siempre. No hay ni habrá un tercer grupo: usted pertenecerá o a un grupo o al otro grupo.

Es muy importante que nos auto examinemos, porque el hombre fácilmente se engaña a sí mismo. Como dice en Jeremías: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá”? (Jer. 17:9) Es posible que una persona piense que está viajando hacia su salvación, pero al final la misma persona puede encontrarse en las tinieblas eternas. Por eso, pidan al Señor que el Espíritu Santo les examine. Sólo viajamos por este mundo una vez, y no es posible dividir nuestra alma para que una parte sirva a Dios y la otra parte sirva al mundo. El Señor Jesús lo enseñó perfectamente: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Si usted vive con el mundo, también morirá con el mundo, y el fin del mundo es la perdición.

Este mensaje también se aplica a ustedes, mis queridos jóvenes. Hay tantas cosas que los tientan en este mundo, y existen tantas cosas que quieren hacerles desviarse, ofreciéndoles mucho en este mundo. Puede ser que el mundo les ofrezca algo de “alegría” por un tiempo, pero esa alegría no durará para siempre, y el fin del mundo se aproxima rápidamente.

Una vez más leemos sobre el fin de Belsasar: “La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos”. Ahí lo vemos: Belsasar pasó de la fiesta del mundo a la perdición eterna.

El viaje del pueblo de Dios también tendrá su fin, y eso será el momento cuando serán librados de todos sus sufrimientos. Entonces estarán en casa, para participar en la gran fiesta de los benditos, donde alabarán al bendito Rey de Su pueblo para siempre. Amén.